

II

De la misma *Lira costa-ricense*, para que no se crea que el Sr. Alfaro es el único mal poeta de Costa-Rica, véanse otros ejemplos.

El mal poeta que sigue en la colección, saltando otros dos que se han muerto, se llama Jenaro Cardona.

De éste dice D. Máximo, el coleccionador, que hizo sus *primeros* estudios en la Escuela Normal de San José, y que después no pudo hacer otros porque tuvo que trasladarse con su familia á vivir á una villa.

Pero todavía no es esto lo peor en los antecedentes literarios de Cardona, con ser bastante malo, sino lo que sigue, es á saber: que en aquella villa había un señor que daba reuniones literarias, y en aquellas reuniones se aficionó el joven Cardona á la poesía.

Poeta de tertulia... de pueblo... sin segundos estudios...

Yo creo que el coleccionador cuenta estas noticias, no por gusto de deprimir á Cardona, sino para que luego sus versos no choquen demasiado por lo malos, estando ya el lector prevenido de que no pueden ser muy buenos.

Y aun añade que «Cardona es todavía muy joven, y hay motivo, por lo tanto, para esperar que, andando el tiempo, llegue á producir frutos de verdadero mérito.»

Casi no puede decirse con más claridad que los frutos que Cardona ha producido hasta ahora no valen. De modo que cuando D. Máximo lo dice... no debemos tener escrúpulo en creerlo.

Los recogidos en la *Lira* son de este sabor:

«VÍ *compasivas* manos,
Amantes, cariñosas...»

Tres epítetos en dos versos. La cosa empieza perfectamente.

Veremos cómo sigue:

«VÍ *compasivas* manos,
Amantes, cariñosas,
Ornar las solitarias
Tumbas del panteón.»

Bueno: las tumbas ya se sabe que suelen estar solitarias, y también se sabe, ó se debe saber, que ese último verso está mal acentuado.

Vamos adelante:

«Y luego aquellas bóvedas
Gimiendo *misteriosas...*»

No está bien esa asonancia de bóvedas y *misteriosas*, ni este adjetivo es más que un ripio.

«Y luego aquellas bóvedas
Gimiendo misteriosas,
Al cielo parecía
Que enviaban *su* oración.»

¿La oración de quién?... ¿De las bóvedas?... ¿De las tumbas?... ¿De las manos?... Sería bueno saberlo.

No porque ello importe gran cosa, sino por satisfacer la curiosidad.

Sigamos:

«Sólo una tumba *triste...*
(¿Tumba *triste* dijiste?...
¿Cuándo una *alegre* viste?...
Siempre se dice así.)
Sólo una tumba *triste,*
Sin flores, *olvidada,*

En medio de las otras
 (¿Precisamente en medio?
 Para espantar el tedio
 No estaba mal allí.)

Repitamos, que lo bueno debe repetirse:

Sólo una tumba *triste*,
 Sin flores, *olvidada*,
 En medio de las otras
 Con *susto* contemplé.
 (¿Con *susto* nada menos?
 ¡Qué *asustadizo*, eh!)

—
 ¡Qué tumba tan *sombria*
 Al *cierzo* abandonada!...»

Qué tum...batan... ¡Qué oído!...
 Y lo que es el *cierzo* ¡buen daño puede
 hacer á una tumba!
 Si se tratara de un *barquichuelo*... ya
 era otra cosa.

«¡Qué tumba tan *sombria*
 Al *cierzo* abandonada!
 No crecen cerca de ella
 Ni flores ni *ciprés*...»

¡Ah! pues menos mal; porque si creciera
 cerca de ella el *ciprés*, aún sería mucho
 más *sombria*.

Si es que era *sombria* ya; que yo creo

que aquello de *sombria* lo dijo el *vate* por
 decirlo, como dicen estos *vates* casi todas
 las cosas.

Bueno; y, aparte de esto, fuera ó no fue-
 ra *sombria* la tumba, ¿no es verdad que da
 lástima que toda una Imprenta Nacional,
 aunque sea la de una nación como Costa-Ri-
 ca, se emplee en imprimir estas bagatelas?

O estas otras:

«SU PAÑUELO

Cuando aspiro su perfume
 Con éxtasis y embeleso...»

Eso... eso...

Eso no puede ser.

Porque después del éxtasis ya no hay
 embeleso que valga.

Se comprende que el autor se embelese
 con un pañuelo ó con cualquier cosa: por
 las trazas parece que debe de ser muy fá-
 cil de embelesar; pero ha de ser antes de
 llegar al éxtasis. Después de haber llegado
 al éxtasis, ¿qué embeleso cabe?

Quiere esto decir que tratándose de cosas
 ó de ideas de un mismo orden, en lo más
 va incluido lo menos, y, por consiguien-
 te, al hacer enumeraciones ó gradaciones
 hay que poner lo menos antes que lo más.

Pues, de poner lo más antes que lo me-
 nos, resulta una incongruencia propia sola-

mente de quien no conoce el significado de las palabras.

En nuestra última guerra civil militaba en el campo carlista un príncipe rumano destronado, muy conocido en todo aquel ejército: el príncipe Gika.

Sabía un poco de italiano, otro poco de francés y otro poco, pero muy poco, de castellano; de modo que mezclando graciosamente al hablar lo poco que sabía de estos tres idiomas con algo del nativo, le resultaba un galimatías incomprensible.

En cierta ocasión en que estaba muy enojado contra los cínifes, que no le habían dejado dormir, expresaba y hasta quería razonar filosóficamente su enojo en esta forma:

«El mósquito qui viene, pica y seva... está muy bien, señor; es su instituto. Pero el que se deturna haciendo hiiiiii... ese mi fastidia du mucho, du completamente, du bastante.»

Ponía él los adverbios en este orden precisamente, porque creía que *bastante* era ya lo último y que expresaba más que *mucho* y que *completamente*.

¿Creerá también este vate que éxtasis es menos que embeleso?

Veamos en qué para... Y eso que, por sí no para en bien, mejor será pasar á otra estrofa.

«De noche, cuando me envuelve
La aflicción *entre* sus velos,
Y miro abrirse *entre* mi alma
De la duda abismo negro...»

¿Entre su alma y qué?...

Porque para que pueda tener aplicación esa palabra *entre*, ha de haber por lo menos dos cosas.

Y como ahí no aparece más que el alma, sustancia simplicísima, no hay manera de aplicar el *entre*.

Lo natural era que dijera que el abismo se abría *en* su alma; pero el *en* se le figuró que no llenaba el verso, y... ripio al canto.

Se equivocó en esto también, porque el verso con el *en* sería más suave:

«Y miro abrirse en mi alma.»

Aparte de que, para bien ser, llevando la palabra *duda* el artículo determinativo *la*, también la palabra *abismo* debiera llevar el determinativo *el*, para que resultara que el vate veía abrirse *el* abismo de *la* duda, y no que veía «abrirse abismo de la duda,» que es una construcción defectuosa.

¿Qué vates éstos, á quienes no solamente hay que corregir los prosaísmos y las faltas

de armonía, sino que hay que enseñarles sintaxis!

De este mismo Sr. Cardona aparece en *La Lira* susodicha otra composición, titulada *La pelea de gallos*, por la cual se ve que el autor conoce la fiesta. Lo que no conoce es el numen necesario para describirla en verso.

Por eso se tropieza en ella con cada pro-saísmo que espanta.

Empieza así:

«Con arrogancia *sin igual, altivo...*»

Y no se puede pasar del primer verso sin señalar un defecto grave, una falta de armonía, una aliteración en que no incurre un simple alumno de retórica que tenga el oído un poco educado.

«Sin igual-*al...* tivo...»

Puesto que *sin igual* es un ripio á todas luces, ¿por qué no haber empleado para llenar el verso, en lugar de ese ripio, otro cualquiera que no acabara en *al?*...

O haber empleado en lugar de *altivo* otro epíteto que no empezara con *al*, puesto que la rima es de romance, y *altivo* no tiene en la composición consonante obligado.

«Con arrogancia *sin igual, altivo,*
Por *entre* el circo *ufano* se pasea...»

¡Dale con el *entre!*

No, señor. Se paseará por el circo; pero no por *entre* el circo.

Nada, que á este Sr. Cardona no le enseñaron en la Escuela Normal lo que significa *entre*, y no lo sabe todavía.

A pesar de lo cual le consideran sus paisanos como vate, y le imprimen sus cosas en la Imprenta Nacional de Costa-Rica...

Rica en malos versos.

«Con arrogancia *sin igual, altivo,*
Por *entre* el circo *ufano* se pasea...»

Y ahora se averigua que el *altivo* del primer verso era tan ripio como el *sin igual* por lo menos, y que, por consiguiente, la dureza que *entre* los dos producen era innecesaria. Porque viniendo después el adjetivo *ufano*, aplicado igualmente al gallo, sobraba el *altivo*... Y verá el autor con qué facilidad se puede hacer desaparecer y pudo él haber evitado la dureza del primer verso y el defecto gramatical del segundo. No hay más que sustituir el *altivo* en el primer verso con el *ufano* del segundo, y quitar el *entre* haciendo otra construcción más castellana. Así:

Con arrogancia *sin igual, ufano,*
Por en medio del circo se pasea...

Y vamos adelante:

«La pata armada de cuchilla corva
Que *sustituye* la punzante espuela.»

En primer lugar, dicho así, no se sabe si la *cuchilla* *sustituye* á la espuela ó la espuela á la *cuchilla*.

El autor parece que habrá querido decir lo primero; mas para esto tenía que haber dicho:

Que *sustituye* á la punzante espuela.

Pero, de todos modos, queda otro disparate.

¿Cómo la *cuchilla corva* puede *sustituir* á la punzante espuela? ¿Es que el gallo ha llevado punzante espuela alguna vez?...

Acaso el autor habrá querido decir que *semeja*, y ha dicho *sustituye*; porque como confunde el *entre* con el *en*, confundirá también el verbo *sustituir* con el verbo *semejar*.

Ó creará que, escribiendo en verso, la licencia poética autoriza para emplear unas palabras por otras.

Así está toda la composición llena de defectos.

Entre otros versos que no pueden pasar, se encuentra éste:

«Que *reune* fuerza en el cansado músculo.»

Claro es que esto no es ni puede ser un verso endecasílabo; pues para que lo fuera habría que pronunciar la palabra *reune* de modo que no tuviera más que dos sílabas, y tiene tres siempre: *re-u-ne*.

Porque como la *e* y la *u* no pueden formar diptongo, á no ser cargando el acento en la *é*, para que *reune* tuviera dos sílabas habría que pronunciar *réune*, acentuando la *é*, ó *rune*, suprimiendo la *é* por completo y diciendo:

«Que *rune* fuerza en el cansado músculo...»

Verdad es que no tiene nada de extraño que un simple dependiente de un comercio en Costa-Rica, sin segundos estudios, quiera comprimir el verbo *reunir* hasta hacerle de una sílaba menos; porque bien cerca tenemos á D. Manuel del Palacio, académico de la Española de la Lengua, que hace lo mismo.

En esa sección de *chispas* sin chispa que escribe para *El Imparcial*, empeñándose en destruir por entero la reputación que tenía de escritor ingenioso, ya que no de poeta de altos vuelos, que en este último concepto nadie le tuvo nunca, publicó el otro día el pobre D. Manuel una fabulita muy sosa, muy sosa, que empezaba así:

«No sé si en tiempo de Esopo,
De Iriarte ó de Lafontén,
Reuniéronse en asamblea
Los jumentos una vez...»

Se han reunido muchas veces, y aun se reúnen ahora con sobrada frecuencia, casi todas las noches; de manera que el hecho en sí no tiene nada de particular.

Lo particular es que, quien presume de saber hablar y escribir en castellano, crea que

«Reuniéronse en asamblea»

puede ser un verso octosílabo.

No lo es, sino de nueve sílabas, á no ser que, en lugar de *reuniéronse*, digamos *ru- niéronse*.

Y es más de notar aquí la falta de oído y, en una palabra, la... academiquería del autor, por cuanto fácilmente pudo haber sustituido el verbo *reunir* con el verbo *juntar*, y haber dicho:

«Juntáronse en asamblea»,

con lo cual ya el verso no hubiera sido malo.

Mas dejemos á D. Manuel del Palacio y á los demás académicos que se *runan* en

asamblea cuando les dé la gana, y volvamos á nuestro Cardona costa-riqueño.

Del cual ha coleccionado el Máximo coleccionador en la consabida *Lira* esta otra composición, titulada *Al partir*, y dedicada á mi amigo (al suyo, ¿eh?) Renato Agüero:

«¡Qué triste es la partida, caro amigo!...»

Así es. Bien dicho, y en prosa.

Porque, claro está que, aun cuando ese primer renglón de Cardona tenga once sílabas y los acentos correspondientes á un endecasílabo regular, no deja de ser prosa por eso.

«¡Qué triste es la partida, caro amigo,
Cuando se quedan en lejana tierra!...»

¡Hombre, no! La tierra de donde uno parte no puede ser lejana, á lo menos *al partir*. Será tierra lejana cuando el que partió haya llegado á su destino, si va lejos; pero precisamente *al partir*, y momentos después, la tierra que se deja no es lejana, sino próxima, muy vecina.

Y además, no está bien la asonancia del final del verso con el final del primer hemistiquio, de *tierra* con *quedan*.

Adelante:

«¡Qué triste es la partida! Yo he escuchado,
Emocionado...»

Esto es peor.

Aquí ya no hay asonancia, sino consonancia entre el final de un verso y el hemistiquio del siguiente; defecto que sólo es tolerable cuando se repite expreso en todas las estrofas.

Aun así, no lo han hecho apenas más que los poetas malos de la época de la decadencia gongorina.

Y Jovellanos, que no fué poeta ni malo ni bueno, sino un versificador presumido é insufrible.

Vamos á ver:

«¡Qué triste es la partida! Yo he escuchado,
Emocionado y pálido, las quejas
Que en tu profunda y sin igual congoja
Sufriendo dabas á tu suerte adversa.»

Mucho ripio, mucho.

¡Miren ustedes que esa congoja profunda y sin igual!...

También la arrogancia del gallo era sin igual hace poco.

De manera que, siendo sin igual la arrogancia del gallo y también sin igual la

congoja de Agüero, las dos cosas son ya iguales en algo, en eso de ser sin igual; y siendo iguales en algo las dos cosas, ya no es sin igual ninguna de ellas, ni la congoja ni la arrogancia.

Sirva esto al joven Cardona para entender que no debe abusar del ripio *sin igual* ni de ningún otro, y adelante:

«Yo sé que al ausentarte de este suelo
Te rompe el corazón la aguda pena:
La dejas á ella y dejas á un hermano...»

Y por dejar, deja también el autor el arte métrico y el oído poético en el mayor abandono.

Porque ese verso de

«La dejas á ella y dejas á un hermano,»

ni es endecasílabo ni es nada que lo parezca. ¡Caracoles!... ¡Si es más largo que la mala fama de un concejal de Madrid!

Al autor le habrá parecido que la preposición *á* y la primera sílaba de *ella* podían, por sinalefa, formar una sola; pero esto no es posible, porque la *a* está acentuada y la *e* también, y tienen que sonar las dos, y sonando ambas, ese primer hemistiquio no puede tener menos de seis sílabas:

«La-de-jas-á-e-lla.»

Y como el resto del verso tiene otras siete:

«Y dejas á un hermano»,

ya ve el joven Cardona por dónde va la suma: *seis y siete*, trece.

Y aunque la *y*, conjunción con que empieza el segundo hemistiquio, se junte con la *á* final del primero, lo cual no deja de ser un poco duro, siempre quedan doce sílabas irreducibles.

Aparte de que también es defecto la asonancia de *ella* con *pena*; defecto que no disminuye porque el vate la haya puesto á *ella* con letra bastardilla, sino que, por el contrario, crece, porque se fija más la atención en la asonancia.

«La dejas á *ella* y dejas á un hermano
Que está gozando de la dicha eterna.»

Entonces no le deja ahí, sino en el Cielo; y del Cielo, á la misma distancia se está en Costa-Rica que en cualquiera otra nación más grande.

«Y... luego, cuando en medio del Oceano
Contemples alejarse la ribera,
Que envuelta entre las sombras de la tarde
Dibujase hacia *allá*, cual nube incierta...»

Hombre, será hacia *acá*. Si el vate no se marcha, si se queda en el punto de donde parte el amigo, tiene que decir hacia *acá*.

O no decir hacia *acá* ni hacia *allá*, sino que la ribera desaparece:

Así no había necesidad de cambiar los términos...

Nada, que en cuanto un vate de éstos se engolfa un poco en su inspiración, llamémosla así, ya no sabe por dónde anda, ni si va ó si viene.